

## LA HISTORIA DE FRANCINE

Durante la guerra, Francia tenía un ejército de perros reclutados para el servicio. Eran cuatro tipos de perros bravos:

Perros de la Cruz Roja, perros matadores de ratones, perros centinelas y perros mensajeros. De todos, para los servicios de vanguardia, los perros mensajeros son los más valientes.

Francine era uno de esos perros mensajeros. Ella era una criatura peluda, negra y blanca, con el rabo retorcido y firmes ojos castaños. En los momentos apropiados, hacía muchas travesuras, pero era siempre un leal soldado de Francia.

En el regimiento, todos amaban a Francine, pero quien la amaba más era su dueño, de uniforme azul. Él le había enseñado muchos trucos, diferentes de los que ya hacía en su antigua casa en el campo.

Primero, debía acostumbrarse al estampido de las armas, lo que era muy duro para sus oídos. Después tuvo que aprender a agacharse mucho, y también a meterse dentro de un pozo cuando una bala explotaba. Y lo que era más importante todavía, tuvo que aprender a correr velozmente de un campamento a otro, llevando un mensaje en una pequeña cartera o saquito de cuero atado al pescuezo. Por eso era llamada "perro mensajero".

Cierta mañana, el bondadoso dueño de Francine, lanzando hacia atrás la capa azul para que la roja apareciera, la llamó suavemente:

— ¡Francine, ven! ¡Ven aquí! ¡Hoy debes luchar por Francia! ¡Ven!

Ella fue de un salto, y durante todo aquel día siguió a su amado entrenador en la línea de fuego.

Finalmente llegó la noticia de que las líneas telefónicas de Francia habían sido cortadas. Y a menos que el comando francés pudiera comunicarse con sus hombres del otro lado del campo, la batalla estaría perdida. ¡Y los hilos estaban por tierra!

— ¡Francine, ven! ¡Llegó tu hora!

Su dueño amarró con firmeza el saquito con el mensaje al pescuezo de la perra y cuchicheó en su oído:

— ¡Vete, Francine, y atraviesa el campo! ¡Lleva el mensaje! ¡No puedes fallar!

¡Vete, soldadito de Francia!

Y allá se fue Francine a la disparada. Los soldados quedaron observándola. Entonces cayó. ¡Una granada había explotado!

¿Estaría muerta? No. Cuando la humareda se disipó, ella se puso a correr nuevamente, a veces arrastrándose, otras veces acostándose como si estuviera muerta, y de nuevo levantándose y continuando en su carrera. ¿Podría alcanzar el otro lado del campo? ¡No! ¡Sí!

¡Ahora allá estaba ella, jadeante, entregando a los pies del comandante, a salvo, su precioso mensaje!

¡Qué perrito valiente!

Cuando más tarde el regimiento de su dueño desfiló en París, para recibir los honores por su bravura, allá estaba también Francine, a su lado, marchando con la cabeza y la cola erguidas.

También ella había recibido una medalla y era entonces el soldado más feliz de Francia